

PENSANDO EN VOZ ALTA AL COMPÁS DEL TECLEO

Jornadas Estudiantiles de Filosofía - Noviembre. 2009

"La vida es una historia contada por un idiota,
llena de estruendo y furia,
que nada significa".

Shakespeare: *Macbeth*.

Sin la memoria, la vida sería algo así como la historia contada por un idiota, parafraseando a Shakespeare.

¿Por qué? Porque si adherimos a la idea de que el hombre no tiene una esencia definida de antemano, sino que es un Proyecto que se va construyendo día a día, minuto a minuto, a través de sus elecciones, acertadas unas, erradas otras, conscientes algunas, inconscientes las más, si no tuviera memoria, tendría que empezar a construirse a cada instante y su vida no sería más que una sucesión de momentos sin identidad alguna.

Eso pasaría a nivel personal. Pero la pregunta que interesa en estas jornadas es ¿qué pasa cuando los pueblos no tienen memoria?

Hago un rodeo para llegar al punto.

Entre el público que asistía a una conferencia que también yo estaba escuchando, cuando llegó el momento del debate un joven escritor Qom, Juan Chico, dijo: (y cito de memoria de modo que no es textual): *Nosotros escribimos para ustedes, los blancos. Nosotros no lo necesitamos porque tenemos grabado adentro lo que nos enseñó la memoria de nuestros abuelos. Yo recuerdo* –continuó diciendo– *que cuando iba a la escuela primaria, la maestra nos decía que lo que ocurrió en Napalpí fue sólo un enfrentamiento entre indios, nada más que eso. Y yo me mordía la lengua para no decir lo que sabía por la memoria de mis abuelos: que fue una masacre de indios provocada por el hombre blanco.*

La memoria ocupa un papel importante entre los aborígenes.

Lecko Zamora, de la etnia Wichí, dice en su libro *Ecos de la resistencia*:

"Nuestros abuelos siempre nos dijeron “no olviden, porque olvidar es una forma de morir”.¹

¹ Zamora, Lecko: *Ecos de la Resistencia. La luz de nuestros ancestros*. Resistencia, Instituto de Cultura, 2009. p.13

Tenían razón los abuelos: no olvidar es tener memoria, y la memoria es lo que nos permite tener identidad. Si no sabemos quiénes fuimos y de dónde venimos, mal podremos saber qué somos hoy y qué clase de humanos seremos en el futuro.

Comenzamos con el nivel personal, seguimos con los pueblos aborígenes, de quienes tendríamos muchísimo que aprender –tema fascinante si los hay, pero que sería para otro momento– y nos encaminamos ahora al nosotros de nuestra sociedad. Después de escribir esta frase me pregunto ¿Podemos realmente hablar de un *nosotros* cuando las redes sociales se han fragmentado, sobre todo a partir de la década de los '90, en que primó el más salvaje individualismo, el “sálvese quien pueda” propio del sistema neoliberal?

Las generalizaciones generalmente conducen a error, igual que los reduccionismos.

Por eso tal vez convenga desmenuzar esa pregunta y la afirmación que la antecede.

Veamos si podemos: desde los '90 al 2009 ha corrido mucha agua bajo el puente.

Es cierto que en algunos sectores es evidente la fragmentación de los lazos solidarios. Cada uno vive su vida como si fuera una isla envuelta en una burbuja de cristal. No ve ni oye ni le llega lo que le pasa a los otros.

Antes de seguir considero necesario aclarar que esto no es en rigor una ponencia. Estoy pensando en voz alta y, como no tengo interlocutor, lo hago al compás del tecleo de la computadora. Son ideas sueltas que me surgen y que tal vez sirvan de disparadores para que cada uno las piense, si considera que valen la pena. Y para seguir recurro a alguien que sabía mucho más, que es Eduardo Fracchia, quien decía en su libro escrito precisamente en la nefasta época de los '90:

[Es imprescindible revitalizar el concepto] “del ‘**nosotros**’, tal lo hiciera Georges Gurvitch en su fenomenología social, ese desesperando intento de amalgamar lo individual y lo general, el yo y los otros. El ‘nosotros’ es el yo individual –perteneciente a una minoría o no– en comunión con los otros sin pérdida de esa vida interior que tan significativamente delimitaron pensadores como Kierkegaard, Heidegger, Jaspers, Sartre, Marcel, Berdiaef... Tengamos en cuenta que lo que está en juego es la vida de todos, y lo que es más importante aún, una vida plena, la del nosotros. Y si esto se parece a una utopía, luchemos para que sea cierto aquello de que las utopías no son, a veces, más que verdades prematuras, y así poder acercarnos a la utopía del nosotros como quien se acerca, sediento, a una fuente de agua pura”.²

Sigo con mi pensar en voz alta: escuché en una radio porteña un comentario que decía algo así (otra vez cito de memoria): el periodista estaba comentando un espectáculo en el que se cantaron boleros y canciones de amor, y dijo al terminar: *en estos tiempos de soledad, el amor es más necesario que nunca.*

Me dejó pensando la frase: **en estos tiempos de soledad...**

² Fracchia, E.: *Apuntes para una filosofía de la resistencia*. Resistencia, FMG, 2001. p.32

Nunca había escuchado esa calificación para este HOY que vivimos, tal vez porque tengo la fortuna de sentirme acompañada por familia y amigos muy queridos, pero si salgo de ese círculo contenedor, y miro a mi alrededor, no es difícil encontrar a los desamparados del *amor del nosotros* que sufren la angustia de la soledad.

Y acá cabe otra digresión: soledad es una palabra equívoca, ambivalente. Tiene, a mi modo de ver, no necesariamente acertado pero es lo que pienso, por lo menos dos sentidos, uno plenificante y el otro cruel y frío: No es lo mismo decir: “Estoy a solas conmigo misma” que decir: “me siento sola”.

El sentirse a solas consigo mismo es algo plenificante, es el momento de profundas vivencias en que me siento a gusto con mi sola compañía. Y es esta capacidad de vivir a pleno la soledad, la que paradójicamente posibilita la comunicación, la formación del nosotros.

El sentirse sola es frustrante, provoca tristeza y a veces angustia. Para no confundir estos dos sentidos implicados en la palabra soledad –palabra lindísima para mí- al aspecto positivo lo llamo soledad a secas. Al aspecto negativo lo denomino aislamiento, porque el aislamiento es la imposibilidad de tender puentes, de establecer vínculos con los otros. Esto no es casual. Hay causas de diverso orden: psicológicas, culturales, religiosas y hasta políticas. De hecho el neoliberalismo lo fomenta porque el aislamiento evita la formación de “nosotros” que resistan a la dominación.

Para retomar el tema que venimos tratando de desentrañar que es el de la memoria, ligado a la Identidad, y que, como hemos visto se relaciona con el de la soledad y el aislamiento, y la existencia o no de un “nosotros”, lo habíamos tratado más atrás en el nivel de lo personal y en los pueblos aborígenes y nos disponíamos a entrar en nuestra sociedad, a la que me resisto a llamar occidental y cristiana, pero que es el nombre que habitualmente se le da. No obstante, si estamos hablando de resistencias, practiquémoslas también en el lenguaje y hablemos de la sociedad del hombre blanco, que es a la que en rigor se denomina eufemísticamente *Civilización Occidental y cristiana*.

Y aquí se me plantean dos preguntas:

1. ¿Hay un nosotros en la sociedad blanca? Pensémosla a nivel provincia o país, para que no se pierda el sentido si la extendemos más.
2. ¿En ese nosotros -si lo hubiera- están incluidos los diferentes?

Evidentemente cada uno tendrá su respuesta a estas preguntas, y su respuesta estará condicionada por su historia de vida, por la circunstancia que lo rodea, por el rol que ocupa en la vida, etc., etc. Lo que quiero decir, es que las respuestas a estas preguntas son subjetivas, y la mía, que trataré de dar enseguida, no escapa a esa regla:

1. A la primera pregunta respondo que sí, pero no un NOSOTROS tan abarcativo que nos incluya a todos. El panorama se me presenta como de varios conjuntos de sujetos que tienen un ideal común en el mejor de los casos, o intereses comunes en el peor. Son distintos NOSOTROS, que, como en la más pura tradición mítica heredada de nuestros más remotos ancestros, se enfrentan a los OTROS.

Me detengo en ese nosotros de los que tienen un ideal común que los hace agruparse, trabajar, pensar y resistir juntos. En los últimos tiempos han brotado muchos de estos grupos y lo veo como un hecho auspicioso porque fomenta el pensar, el espíritu crítico, la argumentación en defensa de sus ideales, el respeto a la opinión diferente, que no excluye necesariamente la crítica siempre que ésta no sea descalificatoria

No voy a entrar en aquellos grupos a los que sólo mantiene unidos el interés por no perder dinero, status o prestigio. Allá ellos con la elección de vida que han hecho. Y, en rigor, no se puede aplicar aquí la noción de NOSOTROS.

2. No es fácil responder a esta pregunta –por lo menos no lo es para mí-. En principio tengo la convicción de que los argentinos somos discriminadores, aunque lo disimulemos y nos creamos sujetos de espíritu abierto y omnicomprensivo.

Entonces, si la discriminación es un rasgo fuerte de nuestro perfil de sociedad está claro que los diferentes serán excluidos. Y acá vale la pena recordar lo que dije antes sobre las generalizaciones y el peligro que conllevan.

Yo aspiro a la construcción de un nosotros –o de varios, múltiples nosotros- pluralistas y que incluyan a los diferentes. Pero ¿En cuáles diferentes estoy pensando? En lugar de dar una larga lista de los *otros diferentes* de esos *otros* con los que sueño integren nuestros *nosotros*, señalo a quienes yo –opinión subjetiva- jamás incluiría porque no podría dialogar con ellos y disentir en el marco de ideales comunes: a los genocidas, a los represores y torturadores, a los apropiadores de bebés nacidos en cautiverio. “Entre esos tipos y yo/ hay algo personal”, como diría Serrat.³

El tema de la Memoria y el de la Identidad me llevaron por caminos impensados.

Ahora quisiera retomarlos a través de dos ejemplos, diferentes entre sí, pero que tienen en común el hecho de que sus protagonistas fueron seres humanos plenos en el pasado, no lo son en el presente, debido a distintas circunstancias, pero cuando rememoran –cuando la memoria les permite volver al pasado- en sus ojos brilla la luz de la plenitud.

Gabriel Marcel (filósofo francés representante de la Filosofía de la Existencia) y el turco chaqueño Miguel Ángel Vera Azar (abogado y poeta fallecido tempranamente) nos aportan el punto de partida para estas reflexiones.

Marcel lo hace con su descripción de lo que llama el hombre de la barraca,⁴ Vera Azar con su bella poesía “Nocaut González” a la que Zito Segovia le puso música,⁵

Comencemos con el hombre de la barraca. Es un desterrado, un exiliado. La ciudad que lo acogió lo trata bien, tiene techo, comida y trabajo. Pero ha perdido sus raíces, vive en tierra extraña, ya no tiene hogar...⁶ Cuando –rara vez- habla de lo que tuvo, de su gente, de su granja, se convierte en un

³ Serrat, Joan Manuel: *Algo personal*

⁴ Más detalles en: Marcel, G.: *EL hombre Problemático*. Bs. As., Sudamericana, 1956. p.12

⁵ En: Segovia, Zito: *Historia del folklore*. 2^a. parte. CD.

⁶ Hogar no es sinónimo de casa.

ser humano en el presente. El resto del tiempo lo es en el pasado. Por un fugaz momento se vislumbra en su rostro que se ilumina, en sus ojos que brillan, al ser humano que está oculto en el interior de este hombre silencioso, cerrado, casi carente de expresión.

Nocaut González fue un boxeador. El tiempo, la falta de apoyo, y vaya una a saber qué otras circunstancias lo hicieron ir cuesta abajo. Transcribo un fragmento de la canción antes de seguir:

“Cuando crece la mañana
avanza con su dolor,
es el despojo de un hombre,
dicen que fue boxeador.

Cuentan que tuvo familia
y la fama lo aplaudió
cuando fue Nocaut González
el temible pegador.

Hoy vaga junto al olvido
entre pobreza y alcohol,
con su traza de mendigo
se acerca al último sol.

¡Nocaut González!

le gritan los gurises de la villa
cuando le cruza la siesta
arrastrando con su andar.

Los ojos se le encienden
y pelea con su sombra;

en el mugriento baldío
¡él se vuelve Luna Park!”⁷

⁷ resaltado mío

Ante el aplauso de los chicos de la villa, su fantasía lo lleva por un fugaz momento a creer que está en los viejos tiempos; recobra su humanidad, deja de estar despersonalizado y vuelve a ser el hombre que fue, con ilusiones, con proyectos...

¿Qué tienen de común el hombre de la barraca y Nocaut González?

Que en algún momento de sus vidas fueron *alguien*, no en el sentido de tener status, poder, dinero, sino que fueron mirados como seres humanos. Ahora son –ante la mirada indiferente o más menos compasiva de los demás-, meras cosas con las que uno se cruza o se topa por casualidad. Carecen de los más elementales derechos a los que deberían tener acceso todos los humanos. Acá alguien puede hacer una objeción: el hombre de la barraca tiene lo indispensable para vivir dignamente. Y en efecto es así, pero... hay algo que no tiene y es algo sin lo cual no sólo los humanos sino también otras formas de vida como los animales y las plantas, se van secando por dentro, se van marchitando: la mirada afectuosa y contenedora del otro, el sentirse reconocido por los demás. Si nadie me reconoce, lo que implica que me valora, me voy convirtiendo en *Nadie*, en *Cualquiera*.

Y acá resurge con fuerza el tema de la Identidad. En nuestro país no sólo se mató, torturó, y tenemos el terrible privilegio de que aquí haya nacido la figura del “desaparecido”, sino que además de robarse bienes de presos y desaparecidos, se robaron bebés nacidos en cautiverio. “A todas las madres secuestradas que parían en la ESMA se les hacía escribir una carta a sus familias en la que debían informarles el nacimiento y solicitarles que se hiciesen cargo del bebé. Demás está decir que esas cartas nunca llegaban a destino, de la misma manera en que las familias nunca sabrían si el bebé había nacido, si vivía o dónde estaba”⁸ Así lo afirma el testimonio de una de las nietas recuperadas. Ella, como tantos otros, tuvieron que reconstruir su identidad, y ese proceso no fue para nada fácil, sobre todo en los casos en que los falsos padres, lo que los criaron y a quienes llamaban *papá* y *mamá* habían cumplido su rol con verdadero cariño. Estos bebés nacidos en cautiverio, hoy ya hombres y mujeres con derecho a hacer sus opciones, no sólo fueron robados a sus padres o familiares sino que a ellos les robaron sus raíces, su pasado, su identidad y su memoria. Hoy, a 33 años del golpe más cruento de nuestra historia, todavía están tratando de reconstruirla.

Dijo Eduardo Galeano en una conferencia titulada *Memorias y Desmemorias*:

“Cuando está de veras viva, la memoria no contempla la historia, sino que invita a hacerla. Más que en los museos, donde la pobre se aburre, la memoria está en el aire que respiramos. Ella, desde el aire, nos respira”⁹.

Tal vez en estas Jornadas y en otros espacios como éste, estemos permitiendo que la memoria respire y nos impulse a hacer la historia.

Martha Bardaro

⁸ Donda, Victoria: *Mi nombre es Victoria*. Bs. As., Sudamericana, 2009. p.49

⁹ <http://ar.geocities.com/veaylea2002/galeano/memorias-y-desmemorias4-4-97.htm>